

Dos escenas de amor

(Ensayos para una comedia que «tal vez» se escriba)

CARLUCHO - MUCAMO. Luego, MARIA ELENA

(Carlucho, novio de María Elena, sospechando algo anormal en el estado de su salud, ha consultado a un médico en la mañana de esta escena. El médico lo acaba de declarar paciente de una cardiopatía.—Carlucho llega desesperado a casa de su novia, en la cual ocupa el cargo de secretario. Lleva una agobiadora lucha interna, pues ya no puede casarse con María Elena... A menos que... podría callarse y satisfacer así su egoísmo. Pero esto repugna a su hombría de bien. Está decidido. La llama para decírselo todo y cortar, de una vez, el terrible nudo gordiano.)

Mucamo.—(Apareciendo por el foro, á las llamadas de Carlucho). Mande, el zeño . . .

Carlucho.—Si está la señorita desocupada, dile si puede venir un momento. (El mucamo tose maliciosamente). ¿Qué hay?

Muc.—Na: una picazoncilla en er erzófago. Argú microbio que está riñendo con su suegra. Voy ensegúa. (Vase por el foro).

(Carlucho se pasea pensativo. Al rato aparece María Elena por la izquierda. Entra muy contenta, tarareando y dando palmadas como una chiquilla. Al principio del diálogo se hace la enojada).

María Elena.—¿ Me llamaba, el señor Carlucho?

Carl.—María Elena . . .

M. El.—¡ María Elena! Muy bonito. Toda la mañana sin preguntar por mí. ¿ Sabes qué hora es?

Carl.—Las diez y media. Nada más.

M. El.—O lo que es lo mismo: te libraste del castigo por cosa de minutos.

Carl.—¡Del castigo!

M. El.—Sí, del castigo, como lo oyes. ¿Sabes qué castigo? ¿No? Pues mira: me iba á declarar en huelga.

Carl.—¡Maruja! . . .

M. Elen.—Sí, en huelga. Yo espera que te espera y el señorito como si nada. ¡Oh! te advierto que si antes de las once no me hubieras llamado, no venía, no venía y no venía.

Carl.—Sí, venías. Vaya si venías.

M. Elen.—¡Pretensioso!

Carl.—¡Estuve tan ocupado!

M. El.—Ya sé, ya sé: no me digas nada. Los negocios, oh, los negocios. ¡Dichosos negocios!

Carl.—Y es verdad, los negocios . . . y qué negocios!

M. El.—¡Jesús, Jesús! ¡Qué aire de misterio! ¿Pero qué tienes? Te noto triste . . .

Carl.—Nada, un poco . . . un poco cansado.

M. El.—(Mimosa). ¡Pobrecito! No quiero que trabajes tanto.

Carl.—¡Qué! Si no es el trabajo. Es otra cosa. Es que estoy . . . (no se anima; ella lo mira ansiosamente. Carlucho reacciona). ¡Pero qué digo! Tonterías. Sí yo junto á tí renazco . . .

M. El.—No te comprendo una sólo palabra.

Carl.— . . . Es el milagro de tus ojos húmedos de Madona que tienen vida para regalar.

M. El.—¿Verdad? Pues toma la que quieras (se miran fijamente).

Carl.—Gracias, Maruja, por tu evangelismo ¿Ves? Ya me encuentro mejor.

M. Elen.—¡Con una medicina tan barata!

Carl.—Que para mí es la más cara, quiero decir, la más querida.

M. El.—Bueno: ahora, fuera tristezas. Quiero que estés alegre como yo. ¡Si vieras lo contenta, lo contentísima que estoy! ¡Vamos! estira ese ceño que parece que no has dormido. Mira: te voy á mostrar una cosa

requetelinda, todo mi trabajo de esta mañana (le muestra un papel) ¿Eh? ¿qué te parece?

Carl.—¿Pero qué es esto?

M. El.—¡Y me lo preguntas! ¿No lo estás viendo?

Carl.—A la verdad, no caigo. Parece un dibujo . . .

M. El.—¡Parece mentira! ¡Vaya qué gracia! Un dibujo . . . ¡Y yo que creía que estaba tan claro!

Carl.—Espera: puede ser que con un poco de buena voluntad . . . ¿No es un tatetí? No, no puede ser, porque estas patitas de moscas . . .

M. El.—¡Patitas de mosca! . . . Si son árboles.

Carl.—¡Cualquiera lo adivina! ¡Ah, ya caigo! Es una cancha de law-tennis, rodeada de árboles. Eso es.

M. El.—¡Já, já, já! ¡Qué gracioso! ¿Pero no ves que es el plano de una casa, de «nuestra» casa?

Carl.—¿De «nuestra» casa?

M. El.—Sí, de «nuestra» casa ¿qué te asustas?

Carl.—¿Pero qué dice esta muñeca?

M. El.—Mira: Aquí está la sala. Fíjate qué mona. Una sala chiquita que da sobre el jardín. ¿Para qué más? ¿No te parece?

Carl.—Sí; no me gustan las piezas grandes: son poco íntimas.

M. El.—Aquí, en este rincón, podemos poner el piano.

Carl.—Pero no, mi hija, está mucho mejor aquí, en este otro lado.

M. Elen. — Bueno, es lo mismo. ¡Qué días vamos a pasar!

Carl.—¡Y qué noches! . . . En verano, en el jardín, sentados en un banto, debajo de las estrellas. Tú con un vestido suelto y vaporoso . . .

M. El.—Eso del vestido, déjalo por mi cuenta. Y en invierno aquí, en esta salita, yo en el piano . . .

Carl.—Y yo adorándote en silencio, viendo jugar tus manitas blancas sobre las teclas del piano. ¡Oh, María Elena! . . . (la va a abrazar).

M. El.—(Deteniéndolo) Ea: eso lo dejamos para el invierno que viene. No te anticipes. Mira: en este cuarto,

pondremos el comedor. Y aquí, en este otro, el dormitorio.

Carl.—¿A ver, á ver? ¿Esto es el dormitorio? ¡Hum! me parece un poco chico.

M. El.—¡Chico! . . . si cabemos muy bien (reflexionando). Mira: tal vez tengas razón. Al principio, es claro, alcanzaría. Somos dos . . . Pero después . . .

Carl.—¿Después qué?

M. El.—¡Hazte el inocente! ¡Pobrecito! Pues ahora no te lo digo.

Carl.—(Haciéndose el ingenuo). Sí, dímelo . . .

M. El.—Bueno, pero al oído (se acerca y luego se aleja). ¡Oh, no te lo digo! Buen pillo eres tú.

Carl.—¡Vaya! Basta de tonterías. No hagamos proyectos en el aire.

M. El.—¡Ya salió el hombre serio! Deja que te explique todo, y después hablas tú.

Carl.—Es que yo no puedo, Maruja . . . Tengo que decirte . . .

M. El.—Mira, aquí, en esta pieza, vamos á, colocar tu biblioteca.

Carl.—¿Junto al dormitorio?

M. El.—Sí. ¿Qué te parece?

Carl.—En fin: me parece muy bien.

M. El.—¡Oh! es que yo lo he pensado todo. ¿O crees tú que sólo los hombres tienen talento?

Carl.—No he dicho nada. Y hasta creo que son las mujeres más talentosas que los hombres . . .

M. El.—Muchas gracias.

Carl.— . . . para gastar.

M. El.—¡Zonzo! Bueno, mira.

Carl.—Sea.

M. El.—Quiero decirte por qué razón he puesto la biblioteca cerca del dormitorio ¿no caes?

Carl.—¡Bah! No es difícil. Para tener á mano un remedio contra el insomnio.

M. El.—¡Qué chistoso! Para eso, precisamente, si es que hay libros tuyos . . .

Carl.—Gracias.

M. El.— . . . Y para esto otro: Cuando tú estés trabajando, muy de noche, yo entraré de puntillas á tu escritorio, te tomaré de una oreja y te diré: Señor mío, basta de papeluchos, y á la cama. Y de mañana, en esas mañanas frías de invierno, tú estarás en tu despacho . . .

Carl.—O en la cama.

M. El.—Bueno, pero supongamos que sea en tu despacho.

Carl.—Despacha.

M. El.—No me interrumpas: tú estarás en tu despacho, como siempre, entre librotos. Y yo iré despacito, despacito y te plantaré, en medio de las cuartillas, un pocillo de café bien caliente.

Carl.—(Entermeado) ¡Oh, Maruja! Tú eres demasiado buena. Oye: me hace mal que seas tan buena.

M. El.—¿Te hace mal? ¿Quieres que me ponga mala? Pues toma, toma y toma (le pega suavemente). ¡Descomedido!

(Se sienten risotadas en la escalera).

Carl.—Sube alguien.

M. El.—Es mi hermano. Ya se sabe. Cuando sube él parece que subiera un carro de bomberos.—Adiosito.

Carl.—Adiós, pichona. (Entra M. Elena en las habitaciones á medio correr. Carlucho reacciona contra sí mismo). Está visto: ¡soy un cobarde!

OTRA ESCENA

ISABELINA (chica bonita, elegante y superficial).

ROBERTO (muchacho serio y romántico).

Isabelina.—Le digo que fué en San Miguel, no sea porfiado.

Roberto.—No, Isabelina, fué en La Piedad. Recuerdo hasta esto: que le dije á Carlucho, cuando la ví pasar á usted toda vestida de blanco, avanzando con su pasito nervioso y autoritario. ¿Ves? Esta chica que pasa ha de ser congreanta del «Divino Rostro».

Isab.—¿Por qué?

Rob.—Por la cara.

Isab.—¡Qué galante! ¿Y él que le contestó?

Rob.—El no me contestó nada porque estaba muy ocupado en saludar á usted y á María Elena.

Isab.—Sobre todo á María Elena . . .

Rob.—No sé . . . Pero al saber yo que Carlucho la conocía á usted me puse muy contento. Me prometió presentarme y así lo hizo. Y ésto yo he de agradecer-selo á Carlucho durante toda mi vida . . . La segunda vez que la ví, ¿no se acuerda?, fué en una conferencia de monsieur Margueritte.

Isab.—¡Cómo no! Recuerdo que usted no me sacó los ojos de encima un solo momento. Yo estaba bastante molesta: todo el mundo se daba cuenta.

Rob.—¡Bah, qué importa! . . . Si yo estaba fuera del mundo.

Isab.—Confiese que estuvo usted un poco impertinente.

Rob.—No, Isabelina: encandilado; eso es lo que yo estaba. Además, necesitaba comerla á usted con los ojos...

Isab.—Menos mal que no le dió el apetito por otro lado.

Rob.— . . . Estaba usted como ahora y como siempre, fresca y deliciosa. De su lado venía una ténue fragancia de jazmines . . . ¡Lástima que su sombrero era tan grande! ¡Nunca los he maldecido tanto! El ala del sombrero sólo me permitía ver una boquita milagrosamente chica: era una mancha rosada perdida en la blanca temura de su mentón . . .

Isab.—¡Por Dios, Roberto, que me voy á poner colorada!

Rob.— . . . Sus ojos brilladores los veía sólo de rato en rato. ¡Maldito sombrero! Y los veía cuando usted, haciéndose la desentendida, me miraba de soslayo.

Isab.—¿Yo?

Rob.—Sí, no lo niegue: usted me miraba de vez en cuando.

Isab.—¡Vea si será pretensioso!

Rob.—Y después, ¡las veces que he rondado por su casa! Le juro que me estaba haciendo sospechoso al vigilante de la esquina. Yo creo que ya todo el barrio me conocía. Por las tardes, ¡oh, qué decepción!, sus balcones vacíos, sus persianas cerradas. Me acordaba de aquello de Larreta: «No hay lenguaje más cruel para el enamorado que el de esas maderas cerradas sin piedad y que parecen rechazar ó mofarse en nombre de una mujer». Por las noches, lo mismo: sus balcones desiertos, y un bulto negro en la acera, que miraba para arriba, anhelosamente. Ese bulto negro era yo. Yo que me paseaba en esas noches de invierno, pensando en el verso de Rubén: «Dentro, el amor que abrasa; (se toca el pecho), fuera, la noche fría».

Isab.—¡Pero vea qué lástima! Yo jamás lo he visto cerca de casa. Es cierto que salgo muy pocas veces al balcón: En verano, estamos en Mar del Plata, y el invierno no es época de balcón. Ahora, si hubiera sabido que estaba usted allá abajo, suspirando . . .

Rob.—¡Qué Isabelina!

Isab.—Por lo demás, somos muy poco caseras. Nos aburrimos en casa. Muchas mañanas venimos aquí, á almorzar con María Elena. Por las tardes, si usted hubiera tenido tanto interés como dice, habría sabido que estábamos en el «Palais de Glace», y por las noches, en alguno de los teatros de abono.

Rob.—No lo sabía, Isabelina: me confieso un mal pesquisante. Sin embargo, sabiéndolo, quién sabe si hubiera ido al «Palais de Glace». Porque yo quería encontrarla á usted y poder mirarla á mis anchas, amorosamente . . . Y allá, en el «Palais de Glace» . . .

Isab.—¡Si es tan bonito!

Rob.—Ya sé, no lo niego. Tiene su encanto, como todas las cosas, cuando es quien las mira un poeta. Roldán lo dijo:

«¡Qué voluptuoso compás
el de la danza traidora
de aquella patinadora
que cruza el «Palais de Glace!»

Ligeramente curvada,
lleva, en lánguida expresión,
las manos en el «manchón»
y los ojos en la nada . . .

¡Con qué gracia se desliza
sobre el hielo blanco y terso!
¡Si tiene ritmos de verso
cada giro que realiza!

Va soñando . . . Blanca llama
en sus ojos se ha encendido
y extraño acuerdo ha nacido
entre el patín y la dama;

Soñando va cuando inclina
el cuerpo en arrullo blando,
y va soñando, soñando
la parisién que patina»

(Acompaña con ademanes, el ritmo del verso).

Pero qué quiere: eso, el skating, es demasiado frío, ruidoso y frívolo para que ahí se pueda encontrar á gusto una cosa de tan puertas adentro como es el amor. Eso está bien para pasar el rato y para que tejan allí sus amores ligeros y pantomímicos los elegantes, maestros en los cotillones del Bristol y árbitros de la calle Florida. Pero no para nosotros, los que tomamos la vida en serio, y que sabemos amar de otra manera: intensamente y largamente.

Isab.—¡Por Dios, qué romántico, Roberto!

Rob.—Sí, romántico. Y yo quisiera que usted también fuera así, Isabelina, romántica, como yo.

Isab.—Bueno. Si usted quiere, lo seré. Desde mañana tomaré vinagre para adelgazar y tener ojeras.

Rob.—El romanticismo no es cuestión de ojeras. Usted lo ve, yo no las tengo. Es cuestión de sensibilidad. Es tener las cuerdas del espíritu más vibrantes. Nada más.

Isab.—Sin embargo, Roberto, el romanticismo ya no se usa. Es una cosa cursi. Todo el mundo se ríe de los pocos románticos que quedan.

Rob.—¡Bah! Ese «todo el mundo» es la gente gris. Son los chatos de espíritu que se ríen porque no comprenden. Los románticos no se ríen: suelen llorar. Como son pocos no se encuentran entre sí y se les llama, comúnmente, «inadaptados». Pero cuando dos románticos se encuentran, no van al «Palais de Glace» á buscar el amor, ni al Hipódromo, ni á la calle Florida. Buscan el amor escondido, el amor íntimo, el amor sin testigos, el amor donde puedan beberse el uno al otro mirándose las pupilas . . . (La mira fijamente. Se oye el piano adentro: tocan la «Dance d'Anitra» de Peer Gynt).

Isab.—¿Qué es eso? Ah, es María Elena: nos estará esperando (se ponen de pie y dan algunos pasos).

Rob.—Oiga, Isabelina. (Se detienen y escuchan: hay un mutis como de medio minuto). ¡Qué hermoso es esto! Es música de Grieg. Tiene, en el fondo, algo de ensueño no realizado, una tristeza velada que llega al alma. Ha de ser la tristeza de los países que no tienen sol. (Se dirigen lentamente hacia las habitaciones interiores).

Isab.—Será muy linda esta música. Pero yo, Roberto, qué quiere, prefiero la Viuda Alegre. (Entran en las habitaciones).

C. M. BONET.